

UNIVERSIDAD, PUEBLO Y SABER*

Introducción

En un momento como este que vivimos –cuando la conciencia universitaria, cobrando máxima lucidez y energía, ha comprendido que su primordial deber es asumir responsablemente la tarea de combatir las fuerzas del mal, del oprobio y de la tiranía– no puede haber honor más elevado que el de ser investido con la misión de hablar en nombre del profesorado. Pero si el honor es eminente, la responsabilidad es aún mucho mayor. Tan compleja, tan grave, tan difícil es la situación por la cual atraviesa la universidad, que la inteligencia debe exigirse el máximo esfuerzo, la más solícita preocupación, si quiere que los problemas no desborden sus fuerzas, la confundan o aniquilen.

Más ardua que ninguna –máxima en todos los sentidos– es la responsabilidad que tenemos contraída, nosotros profesores, con la universidad. Por estarnos encomendada la misión de guiar a los jóvenes, por ser nosotros mismos exponentes simbólicos de la ciencia y de la conciencia universitarias, sobre nuestros hombros pesa una exigencia moral y pedagógica que es tal vez la mayor entre todas. Por ello, si deseamos que nuestras actividades resulten cónsonas con el proceso histórico que vive nuestro pueblo, si queremos ser fieles a nuestros deberes, y no traicionarnos por indiferencia o ignorancia, debemos reflexionar serenamente acerca de las circunstancias en que nos toca actuar, sobre los problemas que confronta nuestra acción pedagógica, y en las obligaciones morales que tenemos contraídas con una juventud que espera de nosotros –de nuestra palabra y nuestra acción– que alcancemos a señalarle cuáles son los caminos a seguir en este crucial momento.

Al venir aquí, y tomar la palabra en nombre de todos vosotros, no es mi pretensión esclarecer y fijar esos deberes –los cuales sé que todos tienen claros y conscientes–, sino sencillamente decir algunas cosas que tal vez nos ayuden a meditar sobre ellos. En tal sentido, al analizar nuestra propia responsabilidad, es necesario que a la vez fijemos nuestra posición académica, y a su trasluz perfilemos la doctrina o teoría que sostiene nuestra concepción de la universidad. Lo que expondré esta noche, como ha de entenderse, no

* *Nota del Archivo E.M.V.:* La presente versión corresponde a la última edición, publicada el año 1967 en el libro *De la universidad y su teoría*, que fue corregida por el propio autor y difiere de algunos aspectos, estilísticos o de contenido, en relación con la precedente.

El lector interesado puede advertir los cambios introducidos comparando con la edición original del año 1958.

podrá ser una definición total de semejante doctrina, sino apenas un general esbozo de sus bases, contempladas desde la perspectiva que ofrecen los principales problemas que sobre aquélla gravitan en la hora presente. Ojalá mis palabras tengan la virtud de descubrir esos problemas –de poner algunos de ellos frente a vuestros ojos– para que, una vez conscientes de los riesgos que envuelven, nos entreguemos a su examen, tratando de ver cómo es posible resolverlos dentro de esta difícil etapa que vive la universidad en cuanto institución nacional.

I. La Universidad y nuestro Presente

El proceso que actualmente atraviesa la universidad, como fácilmente se comprende, es en extremo delicado y complejo, reflejándose críticamente en sus manifestaciones todos los síntomas que, de una manera general, sacuden la entraña de Venezuela en esta hora de vigilia. Estremecida por el violento despertar de conciencias que ha originado la caída del anterior gobierno, plena y desbordante de la fuerza y entusiasmo juvenil de sus heroicos estudiantes, en ella contemplamos y palpamos una especie de patético goce por la libertad. Tanto nos había sido negado el disfrute de los mínimos derechos, tan duro y asfixiante era el yugo que oprimía nuestro espíritu, que apenas reconquistados los umbrales de la democracia nos hemos entregado a ella con un fervor que desborda todo límite y vivimos ya –transcurridos apenas unos cuantos días desde el derrumbe del antiguo régimen– con el convencimiento de tener en nuestras manos algo firme, duradero y absolutamente inalienable.

Mas sería superficial y peligroso juzgar que la obra de una tiranía cesa con su derrocamiento físico. Así como todo despotismo nace y se origina de males subyacentes que en un momento determinado hacen eclosión, su desaparición deja una secuela, a veces invisible, que es necesario perseguir hasta sus mismos orígenes si queremos extirparla de raíz y combatir su mal en lo profundo. La más grave consecuencia de toda dictadura es la crisis moral que deja sembrada en las conciencias, el temor subyacente que deposita secretamente en los espíritus, la pérdida de confianza que provoca en las energías creadoras del pueblo. A veces, en horas de júbilo como las que vivimos, esto se tiende a olvidar y parece que todo ha sido superado. La primera tarea que nos debemos asignar los profesores universitarios es la de estar alerta frente a todo ello. Nuestra actitud no debe consistir simplemente en identificarnos sin más con la alegría, sino que se hace urgente y necesario prevenir el futuro pensando en tiempos posteriores. Si bien es cierto que es casi imposible sustraerse al entusiasmo, nuestro deber consiste en meditar a fondo.

Esta meditación nos debe llevar al convencimiento de que para combatir la dictadura en sus últimos reductos no hay otro camino que sembrar en las conciencias vigilantes de los jóvenes las semillas de la democracia, del civismo y del amor por la libertad como fuentes y posibilidades que aseguran la dignidad del hombre. Uno de nuestros deberes primordiales –quizás de los más urgentes en los actuales momentos– es el de formar a las nuevas generaciones despertando y fortificando su fe en aquellos preteridos valores.

Semejante actitud implica que nuestra obligación no puede agotarse ni debe resumirse en los meros deberes profesionales de enseñar nuestras respectivas asignaturas, sino que, junto a esa labor, debemos conjugar la prédica más acendrada en favor de los ideales y normas que definen el modelo de una vida republicana y libre signada por el ejercicio de la democracia. A los jóvenes –que tan valiente y decidida actitud asumieron frente a la dictadura– debemos ahora esclarecerles más a fondo el significado doctrinario de los derechos que han conquistado mediante aquella acción y, a la vez, señalarles claramente cuáles son las fuentes de peligro que atentan contra ellos, los amenazan, y pueden convertirse en germen de una nueva tiranía.

Mas la prédica no ha de quedarse en las palabras. Es necesario que nuestras convicciones sean atestiguadas por nuestros actos, a fin de que ellos puedan servir de ejemplo para la conducta de los jóvenes. En los actuales momentos –quiero decirlo con toda claridad– los jóvenes están pendientes de nuestras actitudes, y en semejante expectativa no siempre hay confianza por nosotros. En tal sentido, nuestro deber es actuar sin titubeos, demostrarles que somos capaces de asumir la grave responsabilidad de conducirlos y, sobre todo, hacerles presente que estamos dispuestos a responder plenamente a la fe que en nosotros depositen.

Toda enseñanza cívica está alimentada por una profunda convicción política. Pero justo es decir en esta hora que los profesores, si quieren que sus actitudes y enseñanzas logren los mejores frutos, deberían tratar de encontrar una suerte de instancia superior en la que coincidieran sus personales convicciones, haciendo de ella un punto supremo de unión que fortifique los esfuerzos y lime las divisiones entre ellos. No quiere decir esto, ni mucho menos, que se abandonen u oculten las convicciones personales, sino que todas ellas se pongan al servicio de los supremos intereses del momento. El máximo interés en los momentos lo representa la consigna de *unidad*: unidad puesta al servicio de los fines de la democracia. Debemos trabajar mancomunadamente tratando de hallar cuáles son los puntos de contacto que existan entre nuestras convicciones, esclareciendo cuáles son los valores supremos que unifican nuestra acción e intentando que todos nuestros fines confluyan al servicio de la libertad. Esta fe en la libertad común, esta fe en los derechos ciudadanos que garantizan la dignidad, esta fe en las normas que defienden la integridad moral de la

persona, es la que debemos buscar y enseñarle a los jóvenes en su profundo significado doctrinario.

Llegará el día, sin embargo, en que estando la universidad garantizada y fortificada plenamente en sus derechos, haya ocasión de que en ella empiecen a germinar las necesarias y fecundas diferencias. Atentos debemos estar a la madurez de ese momento. Será la hora en que la universidad, como centro rector de la vida nacional, asumirá en pleno su función orientadora. Mas esta función orientadora de la universidad debemos planificarla para que dé sus frutos más fecundos.

Las convicciones políticas individuales, si quieren tener rango y función auténticamente universitaria, no deben quedarse en el plano de las creencias emocionales, de la pseudoclaridad ideológica, de la imperfección teórica y doctrinaria. Si la universidad quiere cumplir a plenitud su misión orientadora en la vida política nacional debe tratar de ser el semillero doctrinario de las ideologías. Su auténtica misión política no consiste en propiciar la pugna de fracciones emocionales, sino en canalizar las inquietudes y las vocaciones hacia el estudio sereno de los problemas, hacia la formación doctrinaria de los pensamientos, hacia el auténtico examen y discusión de las ideas en un plano científico y teórico. En tal sentido –tratando de evitar todo exclusivismo y abriendo hasta el máximo la tolerancia para aceptar libremente la pugna de tesis opuestas– debería propiciarse la enseñanza política en su seno, mediante la cual se lograría realizar la plena formación de quienes están llamados a contribuir en las funciones rectoras del país. No debe olvidar ni un instante la universidad esta función rectora que le es propia si es fiel a los imperativos de su propia esencia. De esta esencia y sus motivaciones brota la primordial misión de la universidad, que ahora trataré de enunciar ante vosotros.

II. Universidad, Pueblo y Saber

Sin duda alguna la universidad tiene sus raíces en el pueblo: de su origen, de su historia, de su destino, debe nutrirse como institución nacional. Si la universidad quiere ser fiel al pueblo que la ha creado y la sostiene, entonces su deber supremo es el de servir a ese pueblo que la ha instaurado como *institución del saber*.

Este servicio que la universidad debe prestar al pueblo no sólo consiste en aplicar el saber que atesora para remediar y mejorar las necesidades de la colectividad, sino, ante todo, en erigirse –a través de su saber– en la *intérprete activa del mensaje del pueblo*.

Semejante fórmula –que en mi opinión resume la máxima misión universitaria– debemos analizarla y meditarla serenamente para esclarecer su verdadero contenido y estar conscientes de nuestros supremos deberes.

En efecto: que la universidad sea la intérprete activa del mensaje del pueblo, quiere decir:

1º Que ella tiene como deber esclarecerle al pueblo su puesto y su destino histórico;

2º Que es su deber clarificar en la conciencia del pueblo las peculiaridades de su conformación espiritual;

3º Que es su deber la de ser vigilante de los derechos inalienables del pueblo, alzando su voz de protesta cuando éstos se menoscaben o desconozcan por cualquier causa, así como enseñarle a ese mismo pueblo las normas que han de regir su comportamiento democrático evitando la anarquía, el caos o el desorden.

4º Que es también su deber esclarecer los valores encarnados en las costumbres y hábitos peculiares del pueblo, encareciendo y propiciando su práctica, o luchando por erradicar todas aquellas manifestaciones que revelen fuerzas o vertientes insanas.

Si la universidad cumple estos deberes realiza *eo ipso* su misión de institución creada por el pueblo y al servicio del pueblo.

Mas al lado de tan primordial misión –que como es de verse revela la íntima conexión entre universidad y pueblo– tiene también otra misión la universidad, que le nace de su esencia como institución universal del saber. En cuanto institución universal, la universidad tiene contraído un deber con el saber y la humanidad en total, o sea, en dimensión planetaria.

Esta dimensión planetaria que exhibe la humanidad y el saber de nuestros días imprime en la fisonomía de la universidad ciertos rasgos por los que debemos luchar como diseñadores y plasmadores de su institucionalidad. Quiere decir ello que, en lugar de rendirle un culto extremado a lo puramente regional, la universidad debe mantenerse atenta al mensaje de lo humano en general. Si quiere ser intérprete activa del mensaje del pueblo, debe saber que este pueblo ya no vive encerrado en las herméticas fronteras de lo meramente regional, sino que en su entraña palpitan, invisibles y graves, las voces y motivaciones que conmueven a la humanidad en total. Conjugar lo universal en lo regional, y elevar esto al plano universal, he aquí la función que debe cumplir la universidad como institución también universal.

Si cumple esta misión son deberes de la universidad:

1º Guiar o conducir al pueblo hasta los caminos históricos que, en esos momentos, transita la humanidad. Valga decir: incorporar al pueblo al destino político de la humanidad;

2º Propiciar que el saber que se enseñe en su seno no sea un saber simplemente regional, sino que responda a las exigencias del saber universal.

III. La Reforma Universitaria

Ambos deberes –como es de notar– exigen que la universidad sea una institución transida por un sentimiento de contemporaneidad, esto es, enemiga de todo anacronismo, reacción, o idolatría del pasado.

Semejante apetencia de presente –guiada y orientada por la profunda pasión que siembra en el ánimo la expectativa del futuro– confluye a que la universidad deba ser una institución eminentemente revolucionaria. Sin esta actitud revolucionaria –alimentada y acicateada por un profundo optimismo– la universidad tiende a convertirse en una institución retrógrada, o, cuando menos, reaccionaria. No quiere decir esto, sin embargo, que propongamos romper súbitamente con el pasado, o que, enceguecidos por el entusiasmo, creamos que con nosotros comienza la universidad. Así como reconocemos que en el pasado ha existido una valiosa tradición universitaria de la cual somos herederos, sabemos y tenemos muy presente la deuda contraída con la universidad que nos formó y nos modeló el espíritu. No obstante, semejante veneración no puede desviar nuestros anhelos de mejora, ni el sano impulso de renovación que nos dirige. Si bien es cierto que debemos rendirle culto a quienes en el pasado han sabido mantener en alto los valores universitarios, no es menos cierto que tampoco debemos ni podemos vivir exclusivamente de los pensamientos o ideas que defendieron en su tiempo incitados por otras circunstancias. Al lado del consciente y aquilatado respeto que nos inspiran sus obras positivas, debemos mantener viva y pujante la pasión que embarga el ánimo cuando se lucha por conquistar lo nuevo, lo aún no poseído, lo que aguarda en el futuro. Sólo viviendo en este temple –sin negar lo que de positivo haya en el pasado, pero extasiada primordialmente en el advenir– podrá ser la universidad una institución transida de contemporaneidad. Esa pasión por la contemporaneidad activa, esa apetencia de presente cargada de vocación futura –que implica una definida postura revolucionaria– exige un sincero examen de conciencia que sea capaz de revelarnos nuestras fallas y nos coloque en situación de juzgar desapasionadamente los profundos vicios que aquejan a nuestra institución con el fin de transformarla radicalmente a través de un movimiento dialéctico que niegue y cree al mismo tiempo.

Como profesor de ella me atrevo a decir esto para llamar la atención de mis colegas –e incluso de los estudiantes– acerca de la difícil misión que tenemos por delante. Quiero que no nos engañemos –ahora que podemos decir las cosas claramente– acerca de la exacta situación de nuestra universidad. Si bien es cierto que disfrutamos de un ornamento exterior supermoderno, y que las perspectivas arquitectónicas de nuestra ciudad universitaria pudieran hacer creer a los turistas que ella encarna una institución también supermoderna,

nosotros que la conocemos por dentro, nosotros que vivimos y sentimos su pulso como el propio nuestro, sabemos que, por obra de diversas circunstancias, la vida profunda de esta universidad se encuentra aquejada de un agudo anacronismo, de un atraso sensible, de una inanición casi mortal. Señores: no exagero. Anacrónicos son nuestros métodos de enseñanza, atrasados se hallan nuestros planes de estudios, vacías de sentido contemporáneo muchas de las asignaturas con que se fatiga el aprendizaje de los estudiantes.

Se impone una actitud radical. Es necesario "reformular" nuestra universidad. Esta "reforma" –palabra de la que se ha abusado tantas veces– no debe quedar circunscrita a lo exterior, accidental o meramente accesorio. Con elaborar un nuevo estatuto, o cambiando simplemente el nombre de las cosas, no se gana absolutamente nada. Si queremos reformar de verdad la universidad debemos, ante todo, "reformarnos" a nosotros mismos y, también ante todo, "reformular" la imagen de la universidad con que el estudiante ingresa en ella y la cual determina su comportamiento, apetencias e ideales. Esta reforma íntima –reforma de nuestro espíritu universitario– debe consistir primordialmente en un cambio profundo que transforme de raíz nuestra visión de ella. "*Visión*" llamaban los griegos a lo que hoy llamamos "*teoría*". Pues bien: *lo que se impone es una reforma radical en la teoría universitaria*. Es necesario que todos –y primordialmente nosotros, profesores, en quienes descansa la máxima responsabilidad universitaria, y a quienes está encomendado el deber de *pensar* sobre ella– nos aboquemos inmediatamente a esa urgentísima tarea: a meditar sobre nuestra universidad con el fin de esclarecer las bases doctrinarias y teóricas que sostienen su edificio institucional.

Es más, señores –y de nuevo creo no exagerar–, no sólo es necesario meditar sobre las existentes, sino crear urgentemente nuevas bases. Si veo tan precario, tan difícil, tan delicado el actual momento universitario, es porque cada vez me percato más de una realidad que no quiero ocultar ante vosotros. Esa realidad –enunciada en toda su crudeza– es la siguiente: que nuestra universidad posee los más bellos y majestuosos edificios pero carece, casi absolutamente, de una *teoría* que informe el sentido de su enseñanza, que dirija las finalidades de su formación, y que defina claramente su auténtica misión institucional.

Quiero dejar esparcido entre vosotros este alerta para significar con ello lo grave del momento que vivimos y las dificultades que afrontan las actuales autoridades universitarias al iniciarse en su gestión. Puedo expresar, como miembro de la comisión nombrada para regir provisionalmente los destinos de esta universidad, que todos los hombres que la integran se encuentran animados del más ferviente entusiasmo por hacer que sus labores dejen sembradas las bases fundamentales de un movimiento de auténtica reforma en esta universidad. Mas para que estas bases puedan ser establecidas es necesario no sólo el

esfuerzo de ese grupo sino la colaboración, el entusiasmo y el fervor de todo el profesorado universitario.

Estas bases a sentar no son en sí la reforma, sino simplemente sus primeros y primarios fundamentos. Mas justamente su importancia queda clara si pensamos en que mediante ellos se intentan establecer las líneas generales del desenvolvimiento posterior del movimiento de reforma. La meta final de ésta no puede ser otra que el transformar radicalmente nuestra universidad en lo que debe ser: *en la institución de la mejor ciencia y conciencia del país*. Sólo cuando la universidad alcance a ser expresión cabal de ello podremos decir que está cumpliendo su auténtica misión.

UNIVERSIDAD Y REVOLUCIÓN*

I. Latinoamérica: Mundo Nuevo

Esta casa que vence la sombra

Quien pulse la situación política de Latinoamérica –y no quiera engañarse ni ser engañado– debe comenzar por fijar este hecho: estamos en vísperas de una revolución radical. El hombre latinoamericano, después de largos años de búsqueda, empieza a tomar conciencia de sí mismo, a comprender el sentido que parece animar y dirigir su propia gesta histórica, y a presentir el puesto que le está reservado dentro del orden universal de la cultura.

Si bien es cierto que aún faltan por despejar muchos obstáculos, y que no en todas las conciencias está clara y definida la perspectiva del futuro –tanto más cuanto que hay una sistemática campaña que intenta sembrar la confusión, la oscuridad y el desvío–, no obstante en las mentes vigilantes se insinúa clara y precisa la meta apetecida: Latinoamérica debe formar una comunidad espiritual autónoma en la que el hombre alcance a incorporar en una nueva síntesis los valores antagónicos que hoy dividen al mundo. La “síntesis”, por lo demás, no ha de ser mero “resumen” o “adición”, sino producto de una creación original en la que los términos opuestos sean transformados y superados gracias al aporte de aquel nuevo sentido que anima la gesta y diseña el puesto del latinoamericano dentro del cosmos histórico. En el despeje y realización de este nuevo orden radicaré el aporte original –y originario– del espíritu latinoamericano como protagonista de una nueva etapa de la historia universal.

Los síntomas anunciadores de la revolución que se insinúa son aquellos en los cuales se trasluce que este nuevo espíritu –con su carga de incitaciones renovadoras– ha comenzado a manifestarse en los más diversos y distantes órdenes de la actividad humana.

Quien se mantenga atento a las voces más profundas de Latinoamérica, podrá palpar y comprobar que una nueva jerarquía de valores se insinúa como perspectiva axiológica que ordena y define el sentido de las actividades, y que, dentro de esta nueva estimativa, el

* *Nota del Archivo E.M.V.:* La presente versión corresponde a la última edición, publicada el año 1967 en el libro *De la universidad y su teoría*, que fue corregida por el propio autor y difiere de algunos aspectos, estilísticos o de contenido, en relación con la precedente.

El lector interesado puede advertir los cambios introducidos comparando con la edición original publicada en el año 1958.

sentido de la acción acusa relevantes diferencias con respecto a la de los hombres de otras latitudes, edades y culturas. Transido por temples vitales radicalmente distintos a los otros pueblos –fenómeno quizás debido a la presencia de un “*Nuevo Mundo*” como horizonte de su acción– el latinoamericano diseña su quehacer vital bajo un signo existencial que matiza sus obras con un tinte de originalidad inconfundible. Siendo fiel a semejante imperativo no sólo acepta o rechaza lo extranjero, sino que, por vez primera dentro de su historia, acepta o rechaza aquéllo creando nuevas obras en las que se manifiesta la presencia de su temple vital más radical: la expectativa. En estas nuevas obras se revela no solamente una modificación de lo recibido, sino, aún más profundamente, un destello en el cual, a veces débilmente, pero a veces de manera clara e indeleble, asoma un rasgo de rebelde individualidad donde es posible vislumbrar la presencia insobornable de un espíritu que, a pesar de ser profundamente regional en sus notas peculiares, alcanza a tener visos de universalidad por la fuerza de sus creaciones. La revolución de Latinoamérica adquirirá todo su esplendor –y acaso su máxima violencia– cuando los temples existenciaros radicales, haciéndose conscientes motores de la historia, impulsen y diseñen las obras y creaciones hacia una “concepción del mundo” que entre en conflicto (a pesar de su innegable deuda histórica) con el sentido, el orden de valores y la estimativa de concepciones antagónicas. En esta pugna –que no tardará en manifestarse– habrá un estallido de radical *nacionalismo* como fruto de la tensión y oposición entre temples y estilos vitales distintos. Abonado por la lucha entre intereses materiales opuestos, su desarrollo puede alcanzar imprevisible violencia.

II. Universidad y Revolución

¿Qué función ha de jugar la universidad latinoamericana en este proceso histórico que parece avecinarse? ¿Cuál es su misión como centro rector de la cultura y semillero de las ideologías políticas? La respuesta ha de ser clara y terminante: a la universidad corresponde ser guía y abanderada de la revolución latinoamericana. Si su misión queda expresada en el lema de ser la intérprete activa del mensaje del pueblo¹, ello quiere decir que tiene como deber esclarecerle al pueblo su puesto y su destino histórico, tratando de incorporar aquel mensaje al orden y destino político de la humanidad. Mas, justamente, al tomar conciencia de que América es un “*Nuevo Mundo*”, y al comprender que en aquella manifestación de su espíritu se encierra la semilla de un afán originario, la tarea que

¹ Cfr. *Universidad, Pueblo y Saber*.

corresponde a la universidad no puede ser otra que luchar por hacer que prevalezca y se arraigue en una dimensión universal lo que haya de original y novedoso en el mensaje latinoamericano como expresión de un "*mundo nuevo*" en sentido político y social.

Para que la universidad alcance a desarrollar su auténtica misión de órgano de la revolución ideológica latinoamericana es necesario que su función formativa no se reduzca a la simple trasmisión de conocimientos de orden apolítico –científicos o técnicos– sino también al desarrollo y consolidación de una conciencia política que sea capaz de enfrentarse y comprender los problemas históricos y sociales que confronta la comunidad latinoamericana. En tal sentido, al lado de las clásicas disciplinas que integran el cuerpo del saber universal (y que una formación universitaria exige de manera primordial), deben instaurarse, especialmente en aquellas facultades que son los órganos de las ciencias del espíritu, materias cuyos temas sean de orden regional y cuyo estudio contribuya a formar en los estudiantes un conocimiento íntimo de los problemas que están latentes dentro del mensaje del pueblo latinoamericano. A tal fin deben propiciarse los estudios que contribuyan a la comprensión de las ideas que han formado el cuerpo espiritual de Latinoamérica, los que apunten al despeje y esclarecimiento del ser del hombre latinoamericano –enfocado desde un punto de vista antropológico y filosófico–, y aquellos que confluyan a clarificar la situación sociológica que envuelve y determina la atmósfera espiritual y material del "*Nuevo Mundo*". Este cuerpo de asignaturas –orientado por un interés fundamentalmente regional– debe servir como centro aglutinante de la formación política. Las más altas y universales disciplinas de esta ciencia (teoría del estado, filosofía de la historia, filosofía del derecho, etcétera) habrían de ser estudiadas en un sentido eminentemente ecuménico, aunque sus proyecciones doctrinarias tendrían como finalidad y meta el análisis, estudio y resolución de los problemas regionales, tratando de engarzar las intelecciones de las unas a las cuestiones y problemas de las otras, cuando ello sea posible o necesario.

Si la universidad quiere ser –de verdad– el órgano de la revolución ideológica latinoamericana (como ya se vislumbra en su actitud), es necesario que disfrute no sólo de la más segura libertad de expresión y pensamiento, como garantía de su autonomía ideológica, sino, a la vez, de absoluta independencia con respecto a factores coercitivos que puedan retardar, desvirtuar u oponerse a su función renovadora. Poderes extraños, deseosos de mantener a nuestra América en estado de letargo, se afanan no sólo por hacer prevalecer las dictaduras como órganos de opresión y escarnio del pueblo, sino de amordazar, debilitar o neutralizar la influencia de las universidades en aquel proceso. Para esto se valen de las más sutiles argucias. No en balde, con marcada insistencia, se trata de esparcir la prédica de un mal entendido "apoliticismo" como ideal de una pretendida actitud academicista, tratando de hacer ver que toda manifestación o inquietud política en el seno

de las universidades se encuentra reñida con los auténticos fines institucionales que deben proponerse estas corporaciones. Pero, realmente, en ello no hay razón. Si es cierto que el estudio y la disciplina son absolutamente indispensables, nada impide que profesores y estudiantes mantengan una alerta y vigilante conciencia frente a los procesos políticos que inciden en el desarrollo de sus propios países y colectividades. Bien está el cultivo de la ciencia, el constante y arduo trabajo requerido por la investigación, la máxima vigilancia y exigencia en los rendimientos académicos, pero al lado de ello no puede exigirse que profesores y estudiantes abandonen u olviden los problemas políticos que afectan a su mundo en torno. Si así lo hicieran no sólo estarían asumiendo una falsa actitud, sino que traicionarían uno de los más altos deberes que impone la misión misma de la universidad cuando ella se piensa en conexión con los imperativos históricos que tiene contraídos como institución creada y sostenida por el pueblo².

En tal sentido, para que las universidades cumplan su auténtica misión y alcancen su plena función renovadora, es necesario mantener en claro, y firmemente establecida, esta armonía entre los intereses que se entrecruzan en su seno como realidades enclavadas en un continente que vive y transita un momento crucial de su historia. Si bien ellas deben ser los centros de la mejor ciencia, deben también ser los centros de la mejor conciencia. Al par que altos y perfectísimos institutos de investigación, deben constituirse en las antenas más sensibles que capten las sacudidas interiores de los pueblos, en centros rectores que canalicen y dirijan las apetencias sociales del conglomerado, y en los órganos de resistencia más firmes donde se estrellen las tentativas que ensayan los poderes extraños en su intento de adormecer las conciencias y estrangular las voces de renovación espiritual que brotan desde todos los ámbitos de Latinoamérica.

La universidad debería tomar clara conciencia de la difícil misión que le está asignada en este momento auroral de la revolución latinoamericana. De la lucidez con que entienda esta misión dependerá la hondura del compromiso que asuma como institución de un pueblo en trance de autoafirmación histórica. Una traición a las voces de ese pueblo, una actitud de indiferencia o debilidad en su conciencia, o el asomo de una duda acerca de la función política que debe cumplir, serían fatales en las actuales circunstancias. Latinoamérica no tiene una institución civil de más alta jerarquía, ni de prestigio más consolidado que la universidad. Ella debe comprender semejante situación y ser fiel al compromiso histórico adquirido como intérprete activa del mensaje de un pueblo que le reclama y exige su misión rectora.

² Cfr. *Universidad, Pueblo y Saber*.

Cuando la conciencia universitaria alcance este clima de convicción revolucionaria –cuando sus hombres comprendan que no queda más alternativa que transformar la universidad en órgano activo de la revolución ideológica que cunde por Latinoamérica o condenarla a ser una institución reaccionaria– se habrá ganado con ello una nueva visión o teoría acerca de lo que la universidad debe ser como “*institución del pueblo*”. Si esto se logra podremos decir entonces que nuestras universidades –las del *Nuevo Mundo*– son también la creación y expresión del nuevo espíritu latinoamericano. Pues esta nueva universidad –concebida como la intérprete activa del mensaje político del pueblo al que sirve como institución– será una “síntesis” en la cual quedará incorporada la vieja idea de la *universitas* occidental conjugada con una de las más profundas apetencias del hombre latinoamericano: su pasión por lo político como expresión de lo humano. La universidad será entonces la institución del saber puesta al servicio de lo político: de la vida de la *polis*, del *pueblo*, de la *comunidad*.